

LXXX.

¿Dónde está, dí, aquella hermosa
Que tu dulce voz cantaba
Palpitante y armoniosa,
Cuando en llama misteriosa
Tu corazón se abrasaba?

Ya la llama está extinguida;
Sólo en mi pecho hay dolor,
Y este libro á quien dí vida,
Urna es que guarda escondida
La ceniza de mi amor.

NUEVA PRIMAVERA

I.

Pintado en los viejos muros
De los antiguos palacios,
Miraréis un caballero,
Un caballero gallardo,
Para marchar al combate
Apercibido y armado;
La firme lanza en la diestra,
La fuerte adarga en el brazo.

Pero coro bullicioso
De Amores alborozados
Le roban la lanza fuerte
Entre caricias y halagos,
Y con cadenas de ficres
Le dejan aprisionado,
A pesar de sus protestas
Y de sus esfuerzos vanos.

Así yo, preso me agito
 Entre encantadores lazos,
 Sintiendo alegría y penas,
 Dichas y dolor amargo,
 Mientras que caminan otros
 A combatir obligados
 De la libertad sagrada
 En el combate inhumano.

II.

Sentada bajo de un árbol
 Que tornó blanco la escarcha,
 Silenciosa y triste escuchas
 Silbar la brisa lejana,
 Y contemplas de los cielos
 En la extensión solitaria
 Las nubes que entre la bruma
 Se esconden apresuradas.

Miras la muerta pradera,
 Miras la muerta enramada,
 Solitarias y desiertas,
 Desiertas y solitarias.
 El invierno te rodea,
 El frío invierno te abraza,
 Y helado el corazón tienes,
 Y helada tienes el alma.

De pronto, blancos vellones
Sobre tí el árbol derrama,
Y piensas ya en tu despecho
Que al agitarse las ramas,
Con frío polvo de nieve
Ornaron tu frente casta.

Pero no es polvo de nieve
Lo que vierte la enramada,
Con silenciosa alegría
Lo percibe al fin tu alma.
De la verde primavera
Flores son embalsamadas
Que en sus corolas te envuelven
Y tu hermosura abrillantan.

¡Dulce sorpresa! el invierno
En verde mayo se cambia,
En flores primaverales
Se trueca la nieve blanca,
Y tu corazón de nuevo
Se despierta, vive y ama.

III.

Todo en la floresta crece
Y germina y reverdece
Por nueva savia inundado;
Por nueva vida impulsado.
Y el sol, que ríe en la esfera,
Dice mirando la vida:
«Bien venida, primavera;
Primavera, bien venida.»

¡Dulce ruiseñor! tu acento
Ya también vibra en el viento,
Y ya escucho acompasado
Los suspiros acordados
De misterioso quebranto
Que componen tu canción.
¡Amor tan sólo es tu canto!
¡Sólo amor tus cantos son!

IV.

¡De la noche de abril los bellos ojos
 Cómo vierten miradas de consuelo!
 Si el amor te arrojó rendido á tierra,
 El amor te alzaré de piedad lleno.

Su vuelo pára el ruiseñor, cantando
 Del verde tilo en las frondosas ramas;
 Conforme su canción á mi alma llega,
 Siento que mi alma entera se dilata.

V.

Yo amo á una flor, pero ignoro
 Cuál es esa hermosa flor;
 Y esa es la fuente de donde
 Mi desventura brotó.
 Todos los cálices miro
 Para hallar un corazón.

Las flores dan sus perfumes
 Cuando espira el claro sol;
 Sus cantos enamorados
 Al viento da el ruiseñor;
 Un corazón tan amante
 Como el mío busco yo,
 Un corazón tan sensible
 Como mi fiel corazón.

Triste el ruiseñor eleva
 Su melancólica voz,

Y la dulce melodía
Comprendo de su canción.
¡Ay! ¡los dos estamos tristes,
Y fatigados los dos!

VI.

Mayo llegó; florecen
El árbol y las plantas,
Y por el claro azul del firmamento
Se ven pasar las nubes sonrosadas.

Entre las verdes hojas
Los ruiseñores cantan,
Y entre los verdes tallos de los tréboles,
Blancos y alegres, los corderos saltan.

Yo ni puedo saltar ni cantar puedo;
Enfermo yazco entre las hierbas altas,
Y sueño... no sé en qué, mientras escucho
Lejanos son de fúnebres campanas.

VII.

Una dulce melodía
 Sus dulces ecos extiende
 Dentro de mi corazón.
 Resuena y el éter cruza,
 Resuena y el vuelo tiende,
 ¡Oh primaveral canción!

Vuela al sitio en que las flores
 Más lindas, ante el rocío
 Abren su cáliz de miel,
 Y si una rosa ves, dile
 Que el testimonio le envió
 De mi amistad más fiel.

VIII.

En su amor la mariposa
 Vuela de la fresca rosa
 Sobre el cáliz perfumado;
 Un rayo del sol ardiente
 La baña amorosamente
 Con su resplandor dorado.

Pero ¿á quién ama la rosa?
 ¿Quién el amor de la hermosa,
 Quisiera saber, merece?
 ¿Es el rruiseñor que canta?
 ¿Ó el astro que se levanta
 Cuando la tarde decrece?

No sé á quién la rosa adora:
 Pero mi pecho atesora
 Para todos tierno amor;
 Para todos, rosa bella,
 Rayo de sol, clara estrella,
 Mariposa y rruiseñor.

IX.

Todos los altos árboles se mecen,
 Todos los nidos en la selva cantan;
 ¿Qué maestro de capilla rige ufano
 La verde orquesta de la selva vasta?

¿Es la gris avefría, que orgullosa
 El ojo entorna entre las verdes ramas,
 Pedante insoportable que se mece
 Dando su canto á las inquietas auras?

¿Es la cigüeña que serena y grave
 Hace oscilar su inacabable zanca,
 Cual si ella de los músicos ocultos
 Rigiese diestra la invisible banda?

No; que es mi corazón, donde el maestro
 De capilla del bosque se alojara;
 Yo siento sus compases en mi pecho
 Latir, y creo que el amor se llama.

X.

«En un principio, el ruiseñor vivía
 Y el verbo santo con amor cantaba,
Tsukut, Tsukut, y al eco de sus cantos
 Césped y violetas azuladas
 Y margaritas rubias como el oro
 Por todas partes fértiles brotaban.

»Su pecho con su pico rasgó un día,
 Corrió su sangre en rojas oleadas,
 Y brotó de su sangre un rosal bello:
 Aun al rosal su amor eterno canta.

»Nosotros, pobres pájaros del bosque,
 Por la caliente sangre que brotara
 Del pecho del amante de la rosa,
 Redimidas miramos nuestras faltas. .
 Mas cuando un día el ruiseñor amante,
 El noble redentor de negras alas,
 Deje las quejas de su amor eterno

De cantar á la rosa perfumada,
Veremos nuestro fin, y con nosotros
Morirá para siempre la énamada.»

Habla así al gorrioncillo el gorrión viejo,
De la encina frondosa entre las ramas;
La hembra en aquel discurso del esposo
Sus *píos* bulliciosos intercala,
Que ella está allí también cómodamente
En el lugar de honor bien instalada.

Es una esposa fiel; dulce y casera,
Cubre sus huevos y jamás se enfada,
En tanto que en sus ocios el esposo
Da instrucción religiosa á su pollada.

XI.

Abrió ya todas las flores
La primavera gozosa,
Y si fuertes precauciones
Mi fiel corazón no toma,
Preso le veré bien pronto
Entre redes amorosas.

Mas ¿qué flor entre las flores
Será de mi amor señora?
El ruiseñor con su canto
Consejos me da que importan:
Me dice que desconfíe,
Que desconfíe entre todas
De las dulces violetas,
Tan castas y pudorosas.

XII.

Crece mi mal, y suenan las campanas;
Ya la razón perdí.
La primavera y dos hermosos ojos
De nuevo han conspirado contra mí.

La primavera y dos hermosos ojos
Contra mi paz de nuevo han conspirado:
Creo que el ruiseñor y que las rosas
En la conspiración se han complicado.

XIII.

¡Ay! derramar yo quisiera
Lágrimas de amor sincero,
Llenas de pena y delicias
Y de ventura y de duelos;
Pero temo no ver nunca
Realizado mi deseo.

¡Ay amor! dulce miseria,
¡Ay amor! ventura amarga
Yo siento como mezclados;
Goce y pena se derraman
En deliciosa tortura
Sobre mi alma aun no curada.

XIV.

Los ojos de la verde primavera
 Mi miran entre el césped escondidos:
 Esos ojos son ¡ay! las violetas
 Que para hacer un ramo he recogido.

Las cojo taciturno y en silencio;
 Mas las ideas que en mi pecho guardo,
 El ruiñenor canoro é indiscreto
 Las va con altas voces publicando.

Su voz publica lo que mi alma piensa,
 Con notas que se pierden á lo lejos:
 Por eso sabe ya la selva entera
 El que siempre guardé dulce secreto.

XV.

Cuando pasas junto á mí
 Y me roza tu vestido,
 Silencioso y atrevido
 Se precipita hacia tí
 Mi corazón conmovido.

Mas si es que en mí, dueño amado,
 Fijas tus miradas bellas,
 Mi corazón fatigado
 Apenas puede cansado
 Seguir tus amantes huellas.

XVI.

La flor del agua en el lago
 Soñando se balancea,
 Y el astro que es de la noche
 Luminar y claro emblema,
 Con languidez la saluda,
 Mientras de deseo tiembla.

Confusa vuelve la hermosa
 A las ondas la cabeza,
 Y mira á sus pies entonces
 La faz amarilla y yerta
 Del amante que la ofrece
 Amor y constancia eterna.

XVII.

Si buena vista posees
 Y mis canciones contemplas,
 Verás una hermosa joven
 Que aquí y allá se pasea.

Si tienes fino el oído,
 Escucharás su voz tierna,
 Y sus risas y sus cantos
 Harán que tu alma enloquezca.

Con la luz de su mirada
 Melancólica y serena,
 Con el argentino acento
 De sus amantes querellas,
 Tu alma, cual llenó la mía,
 Llenará al fin de tristeza,
 Y soñador amoroso,
 Al llegar la primavera,
 Llevarás tu paso errante
 Por la abandonada selva.

XVIII.

¿Qué te hace errar por el bosque
 Las noches de primavera?
 Has vuelto á las flores locas:
 Ya las margaritas tiemblan;
 Ya las rosas perfumadas
 Enrojecieron de pena,
 Y como la muerte, pálida
 Su corola el lirio ostenta:
 Todas confusas y tristes
 Y turbadas se lamentan.

¿Qué alcurnia tan mojigata
 De flores ¡oh luna! es ésta?
 Tienen razón; una grande
 Falta cometí, y me pesa.
 Mas ¿creer podía acaso
 Que ellas oían mis quejas
 Cuando ardiendo en amor loco
 Hablaba con las estrellas?

XIX.

Cuando sobre mí posarse
 Tus ojos azules veo,
 Tanto mi mente delira,
 Que ni hablar tan sólo puedo.

Es en tus ojos azules
 En los que yo siempre pienso,
 Y en mar de azules ideas
 Siento inundarse mi pecho.

XX.

Aun otra vez bajo el yugo
 Mi corazón gime preso,
 Y ve sus viejos rencores
 Extinguidos y deshechos.

Otra vez la brisa leve
 De mayo llenó mi pecho
 De doradas ilusiones
 Y de dulces sentimientos.

Las calles más frecuentadas
 Mañana y tarde paseo,
 Y bajo todas las alas
 De paja de los sombreros
 Ver de mi amor me parece
 Los claros ojos serenos.

Aun otra vez yo las turbias
 Ondas con ansia contemplo,

Y aun otra vez sobre el puente
 Meditando me detengo.
 ¡Ah! tal vez por este sitio
 Pase su coche ligero,
 Y chocarán sus miradas
 Con mis miradas de fuego.

Aun de la cascada hirviente
 En los inconstantes ecos
 Escucha mi alma confusa
 Advertencias y consejos,
 Y mi corazón comprende
 Lo que con callado acento
 Las blancas ondas responden
 De las brisas á los besos.

Aun otra vez de la selva
 En los confusos senderos,
 Soñador impenitente
 Melancólico me pierdo;
 Y aun los pájaros del bosque
 Cuando detienen su vuelo,
 Del enamorado loco
 Se burlan con dulce acento.

XXI.

Perfuma la fresca rosa,
 Mas ¿ella su aroma aspira?
 El ruiseñor ¿siente acaso
 La triste melancolía
 Que en sus amargos suspiros
 Nuestro espíritu respira?

No lo sé; pero es lo cierto
 Que cual la rosa encendida
 Y el ruiseñor de los bosques,
 Sin sentir las penas mismas
 Las cantan, y el hombre siente
 Sus penas y sus desdichas,
 Sería en el mundo, á veces,
 Provechosa tal mentira.

XXII.

Te amo, y por eso, alma mía,
 Huyo de tu rostro hermoso.
 ¡No te enfades, dueño mío!
 ¿Cómo, dí, unirse podría
 Con tu semblante gracioso
 Mi triste rostro sombrío?

Porque es tu amor mi deseo,
 Mi cara de arrugas llena
 Miro, y triste y demacrada;
 Tú al fin me hallarías feo,
 Y evitar quiero esa pena:
 ¡No te enfades, mi adorada!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO L. 188"
 A. 1625 MONTERREY, MEXICO